

La Conferencia de la simpatía

El pasado sábado por la noche, a las diez y media, muy puntualmente puesto que de la radio y hombres de la radio se trataba, y en el salón de fiestas del Nuevo Casino la Constancia, podemos decir que Radio Nacional de España en Barcelona sintonizó con nuestra ciudad. Dicha sintonía, transformada en una verdaderamente amena y simpática conferencia, corrió a cargo de los muy apreciados componentes de dicha emisora, Sres Juan Viñas y Emilio Fábregas «Sr. Dalmau» o Sres. Emilio Fábregas «Sr. Dalmau» y Juan Viñas.

Para nosotros, los guixolenses, éstos que tenemos el control de mando de nuestro receptor quietecito en la antes aludida emisora, descorrióse el velo de la curiosidad. Exactamente igual a como empezó diciendo el Sr. Viñas al principiar su disertación: ¿Cómo será el Sr. Viñas? ¿Cómo será el Sr. Dalmau? ¿Su verbal simpatía, correría parejas con la visión de su persona?

Y el Sr. Viñas, con expresión inteligente y notable llevó al auditorio por los recónditos lugares del mundo interior de la radio en una disertación curiosa y alegre, confirmando nos con ello en la idea que los radioescuchas guixolenses teníamos formada del disertante, cuando él nos habla a través de las ondas. Idea de hombre simpático, que vive su acendrado amor por la Radio y por la Patria.

E igual tanto le estaba reservado al simpatiquísimo Sr. Dalmau, como lo demostraban muy bien unas de las tantas señoritas que formaban el au-

Acusamos, en general, en la novela y en el teatro contemporáneos una falta absoluta de personalidad en los caracteres creados, no ya como si todos hubiesen salido del mismo molde, sino de un molde con grietas, por donde se escurriese todo atisbo de forma. No caracteres, no personajes, cuyas reacciones son obligatoriamente insulsas y además confusas. Ello deriva al pronto olvido de sus ficticias vidas, de sus ficticios nombres. ¿Dónde, un Julián Sorel o una Ana Karenina? Culpamos a los autores modernos de falta de imaginación, de poco vuelo. Es posible que así sea. Pero, ante el hecho repetido en tantas obras, donde los tipos no son tipos, sino sujetos indiferenciados, con vidas fluctuantes entre rumbos y contornos borrosos, vidas sin consistencia ni esencia, tristes parodias de personalidad y carácter, pensamos en que quizá toda la culpa no reside en la pluma del escritor.

El Arte se surtió siempre de la vida, y en la vida buscó sus modelos. Pudo una mano abusar de los colores suaves, pudo recargar las tintas negras, pudo ensalzar o denigrar, pero un fondo cierto existía ya, un primer apunte auténtico.

Sobre este apunte, el escritor inteligente podía imaginar, y el mediocre fantasear, o, entre imaginación y fantasía, contornear su obra.

En todo tiempo, en toda época, el punto de apoyo de una pluma disparada no puede ser otro que la misma vida.

Conocida es la definición de Stendhal de la novela, «Un espejo al margen de un camino.»

¿Qué clase de imagen nos da el espejo en nuestros días?

Y acusamos a los escritores de no saber dar con personajes, de crear tipos vacuos, vacilantes, uniformes; fiel copia, no obstante, de la realidad que se vive.

¿Hemos pues de epsañarnos contra la época?

Si acaso, defendernos de ella.

Nuestra época rompió con todas las fron-

teras del tiempo y del espacio. Los modernos medios de difusión han hecho llegar su voz hasta la más profunda hondonada, y han saturado cada reducto de idénticas palabras, de la misma música, de estridencias análogas, de himnos mellizos. Saltaron las distancias que protegían todas las diferenciaciones, se allanaron las murallas de las ciudades cercadas, se holló selva y desierto. Incluso se rompió el cascarón de los aislamientos rurales, la paz del último eremita. Uniformidad. ¡Ya todos somos hermanos! Hermanos, en uniformidad de sentires, de anhelos, de confusión de conceptos, de un claro imperativo de vivir bien. Un vivir bien que nadie entiende, entre brumas de alcohol, de inofensiva coca-cola, música de jazz y brillo de dinero. Y pereza, no-amor al trabajo. Y sobre este pecado, hay un grito común de derecho a la vida, de holgar, aunque nadie sabe propiamente lo que entiende por vida, y pocos presiente el duro gestar que se inicia en la holganza. Los derechos se hurtan o se apropian, en el olvido del equilibrio que un día nos dieron los deberes. Y la concentración del reposo se pierde en la evasión del divertimento.

Difícil debe ser hoy, para el escritor, el recoger una amable cosecha. Su espejo colocado al margen de un camino, nos muestra un rostro diluido, una humanidad olvidada de su condición; ni doliente ni dolorida, ni buena ni mala. Ambigua, porque no medita ni sus arrugas ni su rictus, ocultos tras un burdo maquillaje de brillante celofán, al que nuestra época obligó a envolver indistintamente paquetes y vidas.

No hay personajes sino máscaras en serie. Todos elegimos el mismo disfraz, porque sólo uno está a la venta y al uso. Y disfrazados andamos, olvidados del vestido que nos distingue ¡Allí, en un armario está, pasto de las polillas!

ditorio, quienes se levantaban de sus asientos antes de que dicho señor subiera a su tribuna, ansiosas de verle y oírle.

Sus palabras fueron el «gra de pebre» de aquella suculenta velada. Allí frente teníamos a Don Emilio Fábregas, otro

campeón de la radio, que en persona nos recordaba los muchos y muchos momentos divertidos y felices que él nos había proporcionado en inviernos anteriores.

Y ante tanta sincera compenetración entre disertantes y oyentes en

aquellos momentos, o locutores y radioescuchas en otros, no podía fallar el éxito de ta! conferencia que sirvió a la vez, para patentizar los muchos y firmes simpatizantes guixolenses con que cuenta Radio Nacional de España en Barcelona.